



DIVORCIO PROGRESISTA

Nadie lo diría pero resulta que los progresistas también se casan. Después de viajar con macuto por Holanda, después de haberse revolcado juntos en el esplendor de la hierba europea, después de haber paseado la barba y el morral por las tabernas de moda, si una pareja de progresistas se ama mucho al final pasa por la vicaría, pide presupuesto, tantos cirios, tantas alfombras, tantos capullos, los tres kilos de arroz y se casa. Los progresistas se arrodillan en el reclinatorio, humillan ligeramente el cogote y se hacen bendecir por el preste. El novio suele ir vestido con un arreo de terciopelo o de pana lisa según las posibilidades; la novia se adorna con traje típico del tercer mundo, de país no alineado, de colores vivos y tela basta. Los progresistas nunca lloran y menos delante de los padrinos; ella ni siquiera insinúa el más leve mohín. Los dos admiten las maniobras del ceremonial con un rictus divertido en la comisura como si la cosa no fuera con ellos. Pero lo cierto es que los progresistas se casan con papeles en latín, hisopo, arras y el consentimiento de mutua fidelidad en el alero.

El alero en este caso es la casa del notario. Porque ahora entre la juventud muy avanzada está de moda eso de curarse en salud. Entonces van y antes de visitar al cura, pasan por la notaría y depositan allí un sobre cerrado. La vida está muy aperreada y lo que primero son promesas de amor y revolcones alegres en el pajar, a los pocos años cuando llega el hermaneo de las carnes y aparecen las patas de gallo, todo puede convertirse en un puro asquito. Enseguida viene la crueldad mental esa y la pareja tira cada uno por su lado. Hasta ahora la separación matrimonial se solía hacer a pelo: para ti la cerámica de Ibiza, para mí el mantel de saco de Rumania, para ti el póster del Che Guevara, para mí el disco de jazz, para ti la pintura erótica, para mí el sillón frailumo comprado en un anticuario de Orense, tú te largas por esta esquina y yo me largo por otra. Pero luego, ya se sabe, viene eso de asumir el impacto del trauma, el mandar los niños al Liceo Francés, el buscarse un nuevo acomodo sentimental y reorganizar los canales de la marihuana, mientras la Curia entre considerandos y resultados y petición de pasta deja que los árboles abandonen las hojas diez o doce veces y entonces falla. Falla o yerra, eso nunca se sabe.

Sin embargo con el truco del sobre en casa del notario la cosa se simplifica mucho. En el sobre los progresistas han declarado con juramento que ellos no tenían intención de casarse ni nada, que todo era una broma, que por eso ponían la cara risueña en la ceremonia. Así cuando llegan las primeras bofetadas van y rasgan el sobre, el notario da fe que para eso está, presentan la papela en la Curia y la nulidad es entonces un trámite fácil y baratito. Luego todo se reduce a repartirse equitativamente la loza. ■ VICENT.

